

UC Merced

TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World

Title

La egiptomanía española: diplomacia, poder blando y amnesia

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/0mx4t12n>

Journal

TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World, 14(1)

ISSN

2154-1353

Author

El Attar, Heba

Publication Date

2026-07-14

DOI

10.5070/T4.50576

Copyright Information

This work is made available under the terms of a Creative Commons Attribution License, available at <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>

Peer reviewed

La egiptomanía española: diplomacia, poder blando y amnesia

HEBA EL ATTAR
CLEVELAND STATE UNIVERSITY

Abstract

Este ensayo examina la egiptomanía española como una manifestación de la colonialidad del poder y la colonialidad del saber en las relaciones con Egipto. Mediante el análisis crítico de relatos de viaje de Eduard Toda i Güell (s. XIX) y Terenci Moix (s. XX), se demuestra la persistencia de una mirada eurocéntrica que ejerce un poder epistémico, subordinando la complejidad identitaria egipcia. Esta visión opera bajo una doble amnesia que refuerza dicha colonialidad: ignora la herencia islámica de Egipto y silencia la propia historia colonial de España. Lejos de ser un fenómeno cultural inocuo, esta dinámica constituye un poder blando negativo que socava la eficacia diplomática. Se concluye que para superar este sesgo y construir una diplomacia cultural descolonizada, es necesario trascender la egiptomanía eurocéntrica mediante un diálogo crítico que el hispanismo egipcio está en condiciones de propiciar.

Palabras clave: Egiptomanía, Poder Blando, Apropiación Cultural, Colonialidad del Saber, Colonialidad del Poder, Hispanismo Árabe, Eurocentrismo, Diplomacia Cultural, España, Egipto.

Este ensayo tiene por propósito analizar el rol del poder blando en la estructuración de las relaciones bilaterales entre España y Egipto. Con este fin, se acude al análisis de relatos de viaje redactados sobre Egipto por dos autores españoles (catalanes), Eduard Toda i Güell (1855-1941) (ver Figura 1) y Terenci Moix (1942-2003) (ver Figura 2), destacados por su notable egiptomanía (recepción y representación no académica del Antiguo Egipto) y por su interés en la Egiptología (disciplina académica):



(Fig.1) Eduard Toda i Güell disfrazado de momia en el Museo de Bulaq (El Cairo), 1885. Uso autorizado por Biblioteca Museu Víctor Balaguer. Vilanova i la Geltrú. <https://www.man.es/man/exposiciones/sala-exposiciones-temporales/historico/2021-2030/2025/20250603-egipto-eduard-toda.html>



(Fig.2) Terenci Moix, caracterizado como faraón, en una imagen promocional para su novela *El arpista ciego* (2002). Uso autorizado por Faustí Lluçia, el fotógrafo. https://www.elnacional.cat/es/cultura/pasion-egipto-Faraonico-museu-egipci-barcelona-exposicion_286944_102.html

Según Moser, la representación del Antiguo Egipto (AE) en Occidente constituye una apropiación cultural sistemática más que un reflejo objetivo. Cada época ha reinterpretado Egipto para alinearlo con sus propios intereses (ya sean artísticos, nacionales, religiosos o políticos), lo que ha generado una distancia entre la cultura histórica real y sus vestigios materiales. Esta dinámica es fundamental, dado que el estudio del AE ha suscitado un vasto interés público y diversas respuestas culturales y creativas, las cuales han moldeado tanto el origen de la egiptología como su evolución posterior (Moser 242–43, 251–52). Para examinar esta dinámica en el caso de España, este estudio se enfoca en el análisis de los relatos de viaje escritos sobre Egipto por Eduard Toda y Terenci Moix. A través de este análisis, se proponen dos preguntas centrales: ¿presenta la aproximación española a la egiptomanía y a la egiptología, ejemplificada en la obra de Toda y Moix, un carácter distintivo frente a las narrativas occidentales hegemónicas, o simplemente reproduce los patrones de la colonialidad del saber que estructuran la visión eurocéntrica de Oriente? ¿Ha servido esta fascinación cultural para establecer una

forma de poder blando español, revelando una colonialidad del poder en el marco de las relaciones bilaterales entre España y Egipto?

Contexto

La egiptomanía, fascinación por el Egipto faraónico, se remonta a la Antigüedad Clásica, a los griegos y, más tarde, a los romanos que, tras conquistar el país nilótico, trasladaron numerosos artefactos egipcios para la ornamentación de su capital en Europa (Saguar 291). Resurgió en el Renacimiento, impulsando el estudio de la ciencia, magia, coleccionismo y arte del Antiguo Egipto (en lo sucesivo AE). Según Vela Rodrigo, “España pudo ser, en parte, pionera en el acercamiento de Egipto y sus misterios al mundo occidental, ya que el propio rey Felipe II, dentro de la corriente ocultista, decíase descendiente del dios Osiris” (41). Esta fascinación se intensificó en los siglos siguientes, nutrida por relatos de viajeros que forjaron una imagen exótica de Oriente y del AE (Salem y Cabrera 9-16).

Durante el siglo XIX, el interés por la historia antigua de Egipto cobró aún mayor relevancia en Occidente. Según Moreno García, la caracterización del AE como el primer estado territorial de la historia dotado de una administración burocrática avanzada, lo convirtió en un valioso precedente para los estados-nación europeos decimonónicos (“Introducción” 5). Además, Egipto, y en particular el AE, según Edward Said, ocupó un lugar central en la contienda imperialista entre las potencias europeas durante el siglo referido. Un hito fue la invasión napoleónica de 1798, que incluyó a científicos para estudiar el país como prerrequisito para su dominación. Aunque la expedición fracasó militarmente, inauguró un nuevo capítulo en la apropiación científica y cultural de Oriente por Occidente. Los científicos de la expedición documentaron sus hallazgos en la monumental obra *Description de l'Égypte*, sentando las bases del Orientalismo; posteriormente, el desciframiento de los jeroglíficos por Jean-François Champollion marcó el inicio de la egiptología como disciplina que Occidente usó para autoproclamarse salvador de la civilización del Nilo, cuya gloria, según egiptólogos europeos, decayó con el Islam (Said 86-90).

Esa autoproclamación intensificó la egiptomanía, transformando su significado: ya no era solo la recreación de motivos faraónicos en el arte (Reid 12), sino además un campo de rivalidad imperial. Las potencias europeas comenzaron a utilizar sus excavaciones para transferir antigüedades a sus museos, donde los objetos culturales se convertían en metáforas coloniales a las que se les asignaban nuevos significados para servir a la hegemonía occidental (Salem y Cabrera 7).

Esta autoproclamación, también, hizo que la disciplina fuera dominada por académicos europeos que excluían a los egipcios (Hanna, *The Future of Egyptology* 16-17). Como resultado, se reforzó

la perspectiva eurocéntrica sobre el AE y se consolidó el discurso sobre la discontinuidad histórica (Hanna, “Women Are from Africa” 23). Este discurso escinde la historia del país en dos entidades antagónicas: por un lado, un Egipto antiguo, objeto de fascinación y apropiación occidental; y por otro, un Egipto moderno, asociado al Islam y, en consecuencia, presentado como ajeno a la herencia faraónica (Colla 101). Cabría notar que no se propone un cuestionamiento similar sobre la vinculación histórica entre las civilizaciones antiguas de Grecia, Italia, India o China y sus correspondientes estados modernos (Rashwan 28). Tampoco se invoca en los correspondientes campos de estudio. Por ejemplo, la sinología, según Jefferys, “deals with all recoverable periods of Chinese history and culture, including the present” (4).

Es precisamente en el contexto de esta egiptomanía eurocéntrica y apropiación cultural donde se debe examinar la obra de Eduard Toda y Terenci Moix para contestar al primer interrogante de este estudio: ¿presenta el caso español un carácter distintivo? La respuesta no puede limitarse a señalar la ausencia de un proyecto colonial comparable al franco-británico. Se debe partir de una hipótesis dual. Por un lado, se puede suponer que la fascinación cultural española por el AE —encarnada en figuras como Eduard Toda y Terenci Moix— pudo haber actuado como un canal para un intercambio simétrico, potenciado por la memoria compartida de Al-Ándalus como puente histórico. Por otro lado, es necesario reconocer que esta pasión no pudo quedar ajena a los proyectos de poder de su tiempo, ya que se desarrolló en dos momentos clave de búsqueda de proyección internacional por parte de España: el periodo finisecular y la etapa del franquismo y la transición. Entonces, explorar la tensión constitutiva entre estos dos polos —la posibilidad de un intercambio cultural puro y su inevitable relación con dinámicas de poder, como la ambición imperial finisecular y la diplomacia cultural posterior— es lo que permitirá responder a una de las preguntas centrales de este estudio: ¿cómo se articula, en cada contexto, la egiptomanía de Toda y Moix con el ejercicio del poder blando de España hacia Egipto?

Con este fin, cabría definir el concepto de poder blando y examinar qué vínculos podría tener con el tema de la egiptomanía. Joseph Nye define el poder blando como la capacidad de influir mediante la atracción cultural o ideológica en lugar de la coerción (8-14). En el colonialismo del siglo XIX, la egiptología actuó como el motor académico de este poder: al postular al AE como la cuna de Occidente, la disciplina legitimó y reforzó la egiptomanía, la fascinación cultural que justificaba la apropiación de su legado. La egiptomanía funcionó así como un poder blando que, bajo un velo de admiración, encubría una lógica de dominación. Este mecanismo operaba a través de “la colonialidad del saber” (Lander): un sistema que despojaba a Egipto de su agencia histórica al reservar para

Occidente la autoridad de interpretar y poseer su pasado. Es precisamente desde este marco —que revela la egiptomanía como un dispositivo de poder blando colonial— que este estudio analiza si la obra de Toda y Moix se alinea con dicha lógica o supone una ruptura con la misma.

Es imperativo destacar que un instrumento cardinal para la promoción del poder blando es la diplomacia cultural —un concepto de recurrente acuñación en el ámbito de las relaciones internacionales— que permite a un Estado proyectar sus valores culturales hacia la comunidad internacional. Si bien su articulación formal requiere marcos estatales (Cummings 1; Zanella et al.), son a menudo los actores no estatales —intelectuales, artistas o académicos— quienes generan los efectos de poder blando más influyentes. Su labor, sin embargo, no es inherentemente benigna; sin una perspectiva crítica, la diplomacia cultural puede convertirse en una herramienta de dominación que perpetúa relaciones asimétricas. Por ello, según Borges Carrijo, es imprescindible descolonizarla (31). Este estudio adopta precisamente esta dimensión crítica para analizar si la egiptomanía española (poder blando), manifestada a través de actores como Toda y Moix, funcionó dentro de un marco de diplomacia cultural que reproducía la asimetría de la “colonialidad del poder” (Lander) en las relaciones bilaterales o si, por el contrario, abrió una vía para desafiarla.

Los contactos entre España y Egipto se remontan al siglo XIII, cuando la Corona de Aragón consolidó su expansión mercantil por el Mediterráneo, estableciendo una red consular y acuerdos comerciales con el Egipto de los mamelucos (Bensch 289-330). Esta relación, que alcanzó su apogeo en los siglos XIV-XV, se transformó desde el siglo XVI debido a la expansión otomana y la reorientación atlántica española. Entre los siglos XVI-XVIII, la corte española envió delegados a Egipto con objetivos estratégicos: proteger a los peregrinos cristianos y explorar bases en el Mar Rojo para proteger rutas marítimas hacia Asia (Martínez Montes 59-65). Más tarde, en el siglo XIX, y a pesar de la pérdida de sus colonias en ultramar, España persistía en sus aspiraciones imperiales. El agonizante imperio buscó materializar esas ambiciones tanto a través del poder coercitivo —como se evidenció en el África occidental a principios del siglo XX— como del poder blando, plasmado en el discurso de la hermandad hispano-árabe. Según Hernando de Larramendi, este discurso fue gestado en España durante los años cuarenta y luego promocionado en el resto de Oriente Próximo (“Las relaciones exteriores de España” 40).

La relación diplomática entre España y Egipto, consolidada desde mediados del siglo XX, culminó en el siglo XXI con un partenariado estratégico. El discurso real que oficializó este avance en febrero de 2025 es revelador, pues traza las pautas de la diplomacia cultural actual del reino hacia Egipto, identificando la lengua y la arqueología como pilares del poder blando español. En su discurso,

el monarca español destacó que, más allá de los intereses comerciales, el partenariado se cimentaría en la labor del Instituto Cervantes y, crucialmente, en el trabajo de las doce misiones arqueológicas españolas. De forma significativa, el discurso real de Felipe VI conectó esta cooperación actual con la fascinación histórica por la egiptología que se remonta a figuras del siglo XIX como Eduard Toda i Güell.

El pilar arqueológico de este poder blando, tal y como fue presentado en el discurso real, parecía privilegiar una valoración del período faraónico en detrimento de la Edad Media, al sostener que la fascinación por las antigüedades ocupa un lugar central en el imaginario colectivo español sobre Egipto. No obstante, como advierte el arabista Juan Martos Quesada, junto a la visión del Egipto faraónico, persiste en la mentalidad española una imagen del Egipto árabe-islámico, cuya trayectoria histórica se halla vinculada con la España medieval (49-56). Empero, Martos Quesada no determina si dicho vínculo histórico-cultural llegó a influir positiva o negativamente en la configuración del imaginario español sobre Egipto. Tamaña determinación es crucial para responder a uno de los dos interrogantes centrales de este estudio: si la egiptomanía española —plasmada en obras de Toda y Moix— posee un carácter distintivo frente a la prevaleciente en el resto de Occidente, precisamente por haberse visto, o no, influida por esta conexión histórica única.

Del mismo modo, al centrar su énfasis casi de manera exclusiva en el papel del Instituto Cervantes —el otro pilar del poder blando español—, el discurso del rey parecía correr el riesgo de simplificar la compleja trayectoria del hispanismo en Egipto. Es innegable que los dos centros culturales (precursores del actual Instituto Cervantes) establecidos por el gobierno español a mediados del siglo XX constituyeron el eje fundacional de la hispanofilia y el hispanismo en Egipto. Esta iniciativa se enmarca en una estrategia geopolítica más amplia, en la que España se postula como un nexo cultural privilegiado entre Europa, el mundo árabe y América Latina. Sin embargo, la evolución reciente del hispanismo egipcio revela una progresiva desvinculación de la tutela gubernamental española, transitando hacia una autonomía tanto financiera —al reducir su dependencia de las becas ofrecidas por España— como epistemológica. Hoy en día, la enseñanza del idioma y las culturas del mundo hispanohablante ha trascendido el ámbito de los institutos binacionales, consolidándose en prácticamente todas las instituciones universitarias, tanto públicas como privadas, de Egipto. Además, la inclusión del español como lengua secundaria en el sistema educativo escolar, junto a idiomas de gran proyección global como el inglés, el francés, el alemán y el chino, atestigua la solidez formativa que poseen hoy los hispanohablantes y hispanófilos egipcios (Abdel Salam Zahana 6-10; Ruiz Sierra 549). Esta coyuntura ha catalizado un interés académico endógeno, visible, entre otras cosas, en la

creciente actividad de traducción y en los estudios sobre las manifestaciones de la egiptomanía en la producción literaria hispanohablante. Ejemplos paradigmáticos de esta tendencia incluyen la traducción al árabe del relato de viaje *A través del Egipto* (1889) de Eduard Toda i Güell, realizada por Wasel. Contamos, además, tesis doctorales sobre la representación de Egipto en la obra de autores del siglo XX (como Terenci Moix) y del siglo XXI (como Antonio Cabanas), como las realizadas por Abdel Azim y Ahmed Ibrahim Ahmed.

Esta efervescencia académica, si bien constituye un testimonio irrefutable del éxito de la diplomacia cultural española y del atractivo intrínseco de su cultura —en línea con el concepto de poder blando propuesto por Nye (8-14)—, también revela una tensión dialéctica, ya que el hispanismo egipcio busca la autonomía epistemológica necesaria para contrarrestar cualquier forma de poder blando que se manifieste como monológico o hegemónico. La traducción de la obra de Toda, por ejemplo, incluye un prólogo que alude, aunque de una manera concisa, a su contexto de orientalismo colonial decimonónico. De modo similar, las investigaciones doctorales mencionadas abordan la narrativa de Moix y Cabanas sobre Egipto, una desde la teoría postcolonial y la otra desde la teoría de recepción del fenómeno de sobreventas, para valorar el alcance de la subversión de ciertos estereotipos orientalistas. El presente estudio se inscribe en esta línea de investigación, aspirando a dar un paso más hacia la consecución de dicha autonomía mediante la aplicación de un análisis descolonial que permita una lectura más matizada y crítica de la egiptomanía española.

Eduard Toda i Güell

Al referirse a la pasión por la egiptología en España, el rey Felipe VI destacó en su discurso previamente aludido la obra *A través del Egipto* (1889) de Eduard Toda. Este volumen compila los artículos periodísticos que Toda redactó durante su estancia en Egipto entre 1884 y 1886. Esos artículos, posteriormente reunidos en la mencionada publicación, contenían sus reflexiones sobre la historia de Egipto —abarcando desde la antigüedad hasta finales del siglo XIX—, la vida urbana (con especial énfasis en El Cairo y Alejandría), la dinámica rural y los proyectos agrarios en el Delta, el patrimonio islámico egipcio —cuyas raíces se remontan a la Edad Media—, los monumentos faraónicos del sur del país y la condición política egipcia, particularmente en los años subsiguientes a la inauguración del Canal de Suez en 1869.

Toda dedicó *A través del Egipto* (1889) a Antonio de Aguilar y Correa, entonces ministro de Estado, el mismo que le había encargado a Toda escribir otro libro, *Derecho consular de España*, publicado también en 1889. Eduard Toda era, efectivamente, un abogado y diplomático de carrera. Había

ingresado en el servicio exterior español en 1873 y ejerció como vicecónsul en destinos como China (1876-1882) y Egipto (1884-1886), experiencias sobre las que publicaría varios libros. Su obra *Derecho consular de España* analiza la historia y el estado de la representación consular española, abogando por una mayor profesionalización del cuerpo diplomático. Según Toda, pocos cónsules habían desempeñado sus funciones con excelencia, salvo Josef Camps y Soler (cónsul general en Egipto) y Juan González Salmón (cónsul general en Marruecos), cuyo mérito atribuía al apoyo de “los planes de conquista trazados por el famoso viajero Domingo Badía, mejor conocido como Ali Bey” (Toda, *Derecho consular* xxxv).

La obra de Toda sobre el derecho consular contribuye a la comprensión del relato de viaje, *A través del Egipto*, puesto que resalta el vínculo y el límite entre la vocación diplomática del autor y sus aficiones egiptológicas. Miguel Ángel Molinero Polo destaca que Toda —a pesar de su afición por la egiptología española— ejerció primordialmente como diplomático, lo que es prueba de su reconocimiento institucional (“Eduardo Toda (1884-1886)” 294). Por tanto, este discernimiento plantea interrogantes fundamentales sobre la naturaleza de *A través del Egipto*: ¿debe leerse como un relato de viaje compuesto por un entusiasta de la egiptología, o más bien como un tratado político-jurídico elaborado por un diplomático español sobre el estratégico país del Canal de Suez? La ambigüedad semántica del título mismo resulta reveladora: ¿opera la locución “a través de” en sentido espacial (transitar de un extremo a otro del territorio), o en su acepción instrumental (“por medio de” Egipto como pretexto para fines coloniales)? Esta dualidad es justamente lo que refleja la posición de Toda entre la erudición arqueológica y los intereses geopolíticos de España en aquel entonces.

La trayectoria de Eduard Toda se enmarca en el último tercio del siglo XIX, un período de expansionismo europeo en el que África emergió como foco de interés por su proximidad, sus recursos y el estratégico Canal de Suez. A pesar de sus debilidades internas, España mantuvo activas sus aspiraciones coloniales, como lo demuestra la iniciativa de 1883 para establecer un puerto en el Mar Rojo, un proyecto que fracasó por la oposición egipcia y británica (Ochoa Brun 149-50).

En este escenario, Toda desarrolló un perfil singular que combinaba el servicio al agonizante imperio con una profunda vocación cultural. Su compromiso con el progreso de España, en sintonía con movimientos como la *Renaixença catalana*, se manifestaba en una rica vida cultural dedicada a los viajes, el periodismo y, de forma destacada, al coleccionismo (Molinero Polo, “Eduardo Toda (1884-1886)” 294-95; Kühne 77-78). Este patrón de acción, donde la misión política convergía con la erudición coleccionista, no era nuevo para él cuando llegó a Egipto. De hecho, ya lo había perfeccionado durante su misión anterior como vicecónsul en China (1876-1882). Allí, mientras

intentaba sin éxito reactivar el flujo de trabajadores chinos hacia Cuba —una mano de obra barata que España necesitaba tras la prohibición de importar africanos esclavizados—, amasó simultáneamente una formidable colección de monedas y objetos culturales asiáticos (Ginés Blasi 8-14). Esta dedicación paralela a la diplomacia imperial y a la apropiación cultural en China es el *modus operandi* que replicaría en Egipto, ilustrando la perfecta consonancia entre sus intereses personales y los objetivos geopolíticos españoles.

A los catorce días de su llegada a Egipto en abril de 1884, Toda inició una prolífica colaboración con la prensa española. En menos de dos años, publicó ochenta y tres artículos, muchos bajo el seudónimo “Ali Bey” (Molinero Polo, “El Egipto de Eduardo Toda” 399-406). La elección de este alias no es un detalle menor, ya que remite directamente al célebre viajero y espía catalán Domingo Badía. Es significativo que en su obra *Derecho consular de España*, el propio Toda mencionara favorablemente los “planes de conquista” de Badía para el Norte de África (xxxv). Ello apunta a que la figura de Badía fue un referente fundamental para la actuación y el pensamiento del diplomático catalán.

Durante su primer año de servicio en Egipto, los escritos de Toda se centraron en la precaria situación económica del país, que las potencias europeas explotaron para justificar su interferencia. Con el tiempo, Toda amplió su red de contactos, llegando a relacionarse con figuras clave como Gastón Maspero, director general del *Service de Conservation des Antiquités* (Molinero Polo, “El Egipto de Eduardo Toda” 399-406). Maspero fue una figura instrumental en la codificación del sistema de *partage* (reparto), una práctica mediante la cual los hallazgos arqueológicos se dividían entre los excavadores extranjeros y el lado egipcio. Este *Service*, fundado por Francia en 1858, permaneció bajo control colonial y, a través del *partage*, resultó en la dispersión por el mundo de un número incalculable de artefactos del patrimonio faraónico (Stevenson 33, 107, 217-20).

Desde su puesto, Maspero exhibió una notable indulgencia hacia las misiones arqueológicas europeas y facilitó activamente que museos y coleccionistas privados adquirieran antigüedades a través de la propia institución que debía proteger el patrimonio, actuando frecuentemente en detrimento de los intereses egipcios (Hanna, *The Future of Egyptology* 31). Este marco de permisividad institucional, supervisado por Maspero —quien, como se ha indicado, fue un contacto clave para Toda— explica el modo en que el diplomático catalán logró reunir para los museos españoles la colección de antigüedades faraónicas más relevante que estos atesoran. Este éxito ilustra cómo la egiptomanía española, aunque sin un proyecto colonial directo, se benefició y operó dentro de la estructura de la colonialidad del saber impuesta por las potencias hegemónicas.

No fue sino hasta 1885, tras obtener permiso para acompañar a los miembros del *Service* en sus excavaciones, que Eduard Toda empezó a publicar sobre el Egipto faraónico. A pesar de la brevedad de su participación, el diplomático catalán presenció el descubrimiento de la “Tumba Tebana 1” (TT 1), “el primer enterramiento encontrado íntegro de un personaje ajeno a los linajes dinásticos o a la casta sacerdotal” (Martínez Montes 161). Fue un acontecimiento de tal impacto en España que llevó a calificar a Toda de descubridor de la tumba. De hecho, el rey Felipe VI se refirió a él como el primer egiptólogo español en el referido discurso de febrero de 2025. Sin embargo, Molinero Polo refuta esta calificación, argumentando que Toda fue invitado a la expedición como un amigo y que solo se le encargó vigilar la extracción del ajuar (“Eduardo Toda (1884-1886)” 315). Frente a esta refutación, su perdurable reputación como primer egiptólogo español se fundamenta en otros logros, todos ellos vinculados a su doble compromiso. En primer lugar, esta fama se debe al aprovechamiento de sus contactos con los arqueólogos del *Service* para reunir la mayor colección de antigüedades egipcias en España, unas 1,350 piezas —entre ellas, momias— que Toda vendería después al Museo Arqueológico Nacional o donaría al Museo Víctor Balaguer en Barcelona. En segundo lugar, esa fama se atribuye a la conferencia inaugural de la Colección Egipcia creada en la Biblioteca del Museo Balaguer, que dio Toda en mayo de 1886 para despertar el interés en España por la arqueología de campo en el país del Nilo. Por último, esa fama se ve reforzada por la publicación de una serie de monografías titulada *Estudios egipcios* (Martínez Montes 181-82) que constituyen “las primeras obras egipcias publicadas en castellano” (Molinero Polo, “El Egipto de Eduardo Toda” 408), estableciendo así un canon interpretativo.

Al escribir *A través del Egipto* en 1889, Toda no solo recopiló los artículos basados en su experiencia empírica, sino que además los enriqueció con una meticulosa contextualización histórica y un riguroso análisis sociopolítico del país, tanto en su presente como en su pasado. En los primeros capítulos, transforma su desembarco en Alejandría y la región del Delta en un relato polivalente: además de documentar las dinámicas portuarias y las marcadas diferencias entre los barrios egipcios y los enclaves europeos, reconstruye la historia milenaria de esa ciudad desde su fundación helenística bajo Alejandro Magno y los Ptolomeos, pasando por la invasión napoleónica, hasta llegar a la rebelión anticolonial de Ahmad Urabi en 1882. De manera similar, su análisis del Delta del Nilo trasciende la mera descripción de los sistemas agrícolas e hidráulicos para adentrarse en una etnografía histórica en la que traza los orígenes faraónicos de los fellahin (campesinos egipcios).

Aunque Toda reconoce en su relato de viaje la complejidad histórica de Egipto, glorifica la época greco-romana en general y la de Alejandría en particular. Elogia, por ejemplo, la prosperidad

intelectual y filosófica de la ciudad bajo control helenístico, pero obvia el legado filosófico místico traído por los moriscos durante la Edad Media, convencido de que, en poder de los árabes, Alejandría quedó desmerecida en todos sus aspectos (Toda, *A través del Egipto* 43-45). Esta actitud refleja la perspectiva de los europeos que, como señala Reid, tendían a identificarse más con Grecia y Roma que con el AE y el mundo islámico (Reid 9). Esta persistencia de la mirada eurocéntrica es clave para este estudio, pues, como se demostrará, medio siglo después, la fascinación de Terenci Moix por Alejandría coincidirá con la de Toda, a pesar de la distancia temporal y el cambio de contexto.

El análisis de Toda no se detiene en la ciudad helenística. A medida que su relato avanza por la región del Delta, en su trayecto hacia El Cairo, su enfoque se desplaza de la historia urbana a la composición etnográfica del país. Es precisamente en este punto donde su obra encarna una contradicción fundamental que teóricos como Okasha El Daly han identificado como un rasgo central de la egiptología occidental. Por un lado, según El Daly, esta disciplina postula una discontinuidad absoluta entre el Egipto faraónico y el contemporáneo, y por otro, reconoce la persistencia de numerosos elementos del patrimonio cultural faraónico en la actualidad (1-2). Esta contradicción se manifiesta claramente en el intento de Eduard Toda de clasificar la población egipcia de finales del siglo XIX, donde establece una distinción fundamental entre los fellahin, a quienes considera indígenas auténticos, y otros grupos que identifica como cuerpos extraños: árabes, turcos y europeos (Toda, *A través del Egipto* 24-39). Sin embargo, esta taxonomía dista de ser neutral.

En primer lugar, contradice el conocimiento filológico de su propia época. Al agrupar a los árabes —pueblo semita— con los turcos y europeos, que no lo son, Toda pasa por alto el parentesco lingüístico que une a los árabes con los antiguos egipcios, pues ambas lenguas pertenecen a la misma familia afroasiática (antiguamente llamada hamito-semítica). Esta maniobra categorial le sirve para construir la tesis de una discontinuidad racial y cultural entre el Egipto faraónico y el islámico. Tamaña ruptura, como se ha señalado, sirve de pretexto ideológico orientado a crear y perpetuar un discurso dicotómico que escinde la historia de Egipto en un Egipto antiguo, fetichizado y apropiable por Occidente, y otro moderno, islamizado y, por tanto, desvinculado de su legado ancestral (Hanna, “Women Are from Africa” 23; Colla 101).

En segundo lugar, con esta taxonomía, Toda proyecta sobre Egipto el paradigma colonial español. Su empeño por diseccionar la sociedad en estratos raciales —indígenas puros, grupos de ascendencia mixta y capas dominantes extranjeras— replica el esquema de castas que España implantó en América para gestionar y controlar las sociedades conquistadas. De este modo, Toda no solo describe Egipto, sino que lo enmarca dentro de una lógica colonial que le era familiar, en la que la

autenticidad indígena (encarnada en el *fellah*) aparece sepultada por sucesivas oleadas de dominio foráneo —las últimas de ellas, la árabe y la otomana. Esta representación consolida el relato eurocéntrico que presentaba al Egipto contemporáneo como un país degenerado de su pasado clásico y, por lo tanto, merecedor de una supuesta tutela civilizadora —ahora europea.

Una vez consolidado el concepto de discontinuidad étnico-histórica en su relato del trayecto entre Alejandría y El Cairo, Toda se inserta en un marco discursivo que le posibilita analizar el Egipto medieval islámico representado en la capital. Este planteamiento se cristaliza en su análisis de dos mezquitas emblemáticas: la del Sultán Hasán y la de Al-Azhar. En lo que respecta a la mezquita del Sultán Hasán, si bien Toda reconstruye con minuciosidad la biografía del sultán mameluco y ensalza la sublimidad arquitectónica islámica, insiste en adoptar una estrategia discursiva de deslegitimación cultural que enfatiza la miseria y fealdad del legado patrimonial islámico, como evidencia su afirmación: “En este, como en todos los monumentos árabes, se nota una extraña mezcla de grandeza y de miseria: se ven confundidas las más elevadas concepciones del arte, con pobrísimos y feos detalles” (*A través del Egipto* 135).

La aproximación del diplomático catalán a Al-Azhar resulta igual de problemática. Aunque reconoce la antigüedad y el prestigio de la mezquita universitaria, Toda construye deliberadamente la imagen de un sistema educativo reducido a Al-Azhar y presentado como una institución religiosa impermeable a la modernidad cuya pedagogía se limitaría al Corán como único “manual” (*A través del Egipto* 146). Esta caricatura, sin embargo, ignora el contexto histórico de las reformas de Mehmet Alí (1805-1848), quien integró Al-Azhar en un proyecto estatal de modernización más amplio, fundando escuelas laicas junto a Al-Azhar y enviando a sus graduados —como el azharí Rifa’a al-Tahtawi— a Europa, utilizando la universidad islámica como cantera de talentos para la Nahda. Al omitir estos hechos, Toda reproduce el tópico orientalista de un Egipto islámico estancado, en contraste con un pasado faraónico idealizado.

La postura de Toda hacia Al-Azhar revela un doble prejuicio: no solo le lleva a ignorar el dinamismo intelectual islámico en general, sino que le impide incluso considerar la posibilidad de que la cultura árabe islámica hubiera contribuido positivamente al estudio del legado faraónico. Esta actitud, propia de la narrativa histórica de la Restauración borbónica, resulta especialmente reveladora dado el precedente de Al-Ándalus. Irónicamente, como lo demostró El Daly, lejos de erradicar la herencia local, los eruditos árabes integraron activamente el sustrato copto y faraónico, estableciendo un diálogo crítico con monumentos y tradiciones clásicas (9).

La estigmatización de Al-Azhar completa así la maniobra ideológica de Toda. Al postular una discontinuidad étnica en su camino desde Alejandría y el Delta y deslegitimar el legado islámico en El Cairo, su argumento queda maduro: ha creado el pretexto de un patrimonio faraónico abandonado que solo la intervención europea puede salvaguardar. Con esta base ya consolidada, el autor está ya listo para dejar atrás el Egipto islámico y emprender su viaje hacia el Alto Egipto, el corazón de la antigüedad. Sin embargo, antes de iniciar ese trayecto, realiza una última parada estratégica en la capital: el Museo de Bulaq.

La descripción que Toda elabora de este museo, la primera institución consagrada al período faraónico en el país, es un caso emblemático de su estrategia discursiva. Pese a su ubicación en El Cairo, el autor lo conceptualiza como un prerequisite epistemológico para la correcta comprensión de los monumentos del sur. No obstante, antes de detenerse en el inventario de las reliquias que alberga el museo, Toda destina una parte sustancial del capítulo a narrar una historia de expolio y negligencia, cuyo punto de inflexión habría sido la apertura de Egipto a la civilización europea. Solo entonces, según Toda, las autoridades egipcias reconocieron la urgencia de proteger el patrimonio arqueológico, por lo que, según insiste Toda en su relato, el gobierno egipcio confió su salvaguarda al francés Auguste Mariette —a quien el diplomático catalán califica de “sabio”—, nombrándolo en 1858 director del recién creado *Service des Antiquités*, el organismo estatal encargado de nutrir las colecciones del nuevo Museo de Bulaq (*A través del Egipto* 257-58, 261).

No obstante, el discurso de Toda omite las contradicciones del proyecto colonial. La gestión de Auguste Mariette en Egipto se asemejó más al expolio que a la protección del patrimonio. Actuando en favor de los intereses franceses, sus métodos causaron un daño considerable al legado arqueológico egipcio. Mariette dirigió una red de contrabando que extrajo ilegalmente una gran cantidad de antigüedades, ocultó hallazgos y vendió piezas de forma clandestina. Además, su administración de las colecciones para el futuro Museo de Bulaq estuvo marcada por el beneficio personal, comprometiendo la integridad y procedencia de los objetos (Hanna, *The Future of Egyptology* 25; Reid 135). Pese a esto, Toda no cuestiona la labor de Mariette. Más aún, admite sin reparos su propio saqueo —una práctica análoga a la que acaba de describir en Mariette: “Entre los ejemplares de estos adornos mortuorios que a pesar de su fragilidad conseguí traer a España, se encuentra el original de la adjunta lámina, conteniendo tres inscripciones jeroglíficas” (*A través del Egipto* 266). Esta doble moral refleja una de las paradojas centrales de la egiptología colonial: mientras los europeos se enriquecían con el tráfico de antigüedades, se estigmatizaba a los locales que dependían de ello para subsistir (Hanna, *The Future of Egyptology* 32). En definitiva, la exaltación de los objetos exhibidos en el Museo de Bulaq opera como

un dispositivo de manipulación colonial: a la vez que Toda ensalza los artefactos rescatados, omite de manera sistemática las intrincadas redes de expoliación que hicieron posible su exhibición.

Esta estrategia de apropiación no se limitó al texto sino que quedó plasmada de forma aún más emblemática en una fotografía en la que Toda, ataviado como una momia (Fig. 1), simula una postura teatral entre diferentes objetos culturales, incluidas momias, en el Museo de Bulaq. Esta fotografía, por un lado, reproduce la momiamanía y la fascinación por lo exótico y enigmático. Por otro lado, a la luz de lo enfatizado por Salem y Cabrera —respecto a la conversión de los objetos culturales de la antigüedad en metáforas coloniales (3-7, 16-18)—, la fotografía puede leerse como un emblema de triple apropiación europea: la autoridad ejercida sobre la subalternidad egipcia, la instrumentalización de sus artefactos como trofeos para el espectáculo imperial y la apropiación simbólica del legado civilizatorio faraónico por parte de Occidente.

En este contexto, las prácticas coleccionistas de Toda y, de manera aún más significativa, su obra escrita *A través del Egipto*, pueden interpretarse como una acción compensatoria ante la limitada influencia política de España en la región del Valle del Nilo en el siglo XIX. Un testimonio elocuente de este empeño por trascender esa irrelevancia se halla en el capítulo XXIX de dicha obra, donde Toda recupera y reinterpreta documentación archivística concerniente al Plan Felipe V para el control del Mar Rojo. Conforme a Ochoa Brun, este proyecto geopolítico ya era objeto de análisis en la corte española en 1883 (149), es decir, inmediatamente antes del nombramiento de Toda como cónsul en Egipto. Al dedicar su obra al Ministro de Estado y detallar la propuesta referente al Alto Egipto y el Mar Rojo, Toda establecía un fundamento doctrinal para reactivar aquel proyecto colonial concebido en el siglo XVIII. El énfasis que Toda pone en el control de las fuentes etíopes del Nilo —“para someter a Egipto desde el sur” (*A través del Egipto* 435)— revela una clara estrategia de dominación indirecta del Canal de Suez, actualizando así los viejos designios imperiales españoles bajo el nuevo paradigma del colonialismo decimonónico.

Entonces, no resultaría inverosímil sostener que *A través del Egipto* puede interpretarse como un tratado de índole político-jurídica más que como un mero relato de viajes. En este sentido, la egiptomanía de Toda, en su doble rol de diplomático y explorador, articula un proyecto colonial que guarda una similitud estructural con el de Domingo Badía (Ali Bey): si Badía se infiltró en el norte de África a principios del siglo XIX con una misión de espionaje para la Corona, Toda, a finales del mismo siglo, propone en su obra un plan de penetración geopolítica en el Valle del Nilo, actualizando la misma lógica bajo el disfraz del relato erudito. Al elogiar a Badía en su *Derecho consular de España* (xxxv), Toda no hace sino reconocer a un precursor. Ambos planes se alinean con las fases de

penetración colonial en el continente africano, sobre cuyo territorio: “a los exploradores y colonizadores incipientes, siguió la época de actividad de los geógrafos para delimitar, luego la de los diplomáticos para negociar y la de los políticos finalmente para consumir la apropiación” (Ochoa Brun 144). Es en este marco donde se encaja el libro *A través del Egipto*, que opera como un instrumento de colonialidad del saber al generar un corpus de conocimiento —geográfico, histórico, arqueológico— que, aun pretendiendo objetividad, está estructurado por la lógica colonial (la dicotomía faraónico/islámico, la clasificación racial) y sirve al objetivo último de fundamentar un proyecto de penetración política española en el Valle del Nilo.

Terenci Moix

Si bien la aproximación de Eduard Toda a Egipto se ha interpretado en el contexto de la diplomacia estatal, reflejando una egiptomanía arraigada en una España que evocaba aún su pretérita gloria imperial y expansionista, la de Terenci Moix se inscribe en el marco de la España tardofranquista y, posteriormente, democrática. Ahora bien, antes de abarcar la egiptomanía en la segunda mitad del siglo XX, época de Terenci Moix, cabría considerar el desarrollo de la misma desde finales del siglo XIX, es decir tras las contribuciones de Toda. A este respecto, Alice Stevenson explica que la época de entreguerras, los años 20 y 30, marcó una edad de oro para la egiptología. Apareció en el museo de Berlín el busto de Nefertiti en 1920 y se descubrió la tumba de Tutankamón en 1922. Esa edad de oro no se explica solo por sus grandes descubrimientos, sino también por la dinámica interacción entre tres factores: las tradiciones visuales existentes, el discurso académico y, crucialmente, las corrientes de la cultura popular de la época. El auge del consumismo y el modernismo transformó la manera en que el público percibía las antigüedades, y una nueva generación de divulgadores supo capitalizar este interés, convirtiendo a la arqueología en un producto cultural más. El mundo de Akenatón y Nefertiti se había transformado en un símbolo de riqueza, lujo y un estilo de vida extravagante. La “tutmanía” utilizó motivos amarnianos para comercializar una variedad de productos de lujo, desde bolsos hasta pitilleras, e influyó incluso en la arquitectura Art Decó. Además, el cine de Hollywood retrataba un Egipto de escenarios opulentos, llenos de joyas y vestuarios suntuosos. Los medios de comunicación fueron clave en alimentar esta percepción de glamur, ya que a través de ellos el público consumía los detalles arqueológicos. Esa egiptomanía crecería aún más a mediados del siglo XX, cuando el proyecto egipcio de la Presa Alta de Asuán, que inundaría Nubia, impulsó una gran campaña arqueológica de salvamento liderada por la UNESCO (Stevenson 147, 153, 199). En esta campaña, que incluyó el rescate de monumentos emblemáticos como el templo de Abu Simbel, participaron numerosos países,

entre ellos España. Esta última, según Hernando de Larramendi, venía procurando asumir un rol más prominente en la política internacional de ahí que, a mediados del siglo XX, se vio compelida a reorientar su política exterior hacia el mundo árabe. Dicha reorientación obedeció a aprehensiones geopolíticas tales como el auge del anticolonialismo en el norte de África, que amenazaba el protectorado español en Marruecos, y a la imperiosa necesidad de legitimación internacional tras el aislamiento impuesto por la ONU a partir de 1945. Esta nueva política exterior se fundamentó en el poder blando, mediante la promoción de una retórica de hermandad hispano-árabe que, capitalizando el legado andalusí, presentaba a España como un nexo entre Europa y el mundo árabe, y entre este último y América Latina. Internamente, esta retórica divergía de la narrativa franquista de una España inmutable/eterna y católica, que exaltaba la Reconquista. No obstante, en el ámbito exterior, fue eficazmente promocionada entre los países árabes y favorablemente acogida por estos (Hernando de Larramendi, “Las relaciones exteriores de España” 40).

En este mismo contexto, en 1950, Egipto solicitó permiso para fundar un instituto cultural egipcio para estudios árabes e islámicos en Madrid. La petición fue inicialmente denegada por el gobierno español, lo que evidenció la intención de España de ejercer un control monológico sobre esta nueva diplomacia cultural, exportando su visión de hispanidad sin permitir influencias mutuas. Sin embargo, Alberto Martín Artajo, entonces ministro de Asuntos Exteriores, consiguió convencer a los demás miembros del gobierno español para que se aprobara la petición egipcia, abriendo así una vía para el acercamiento cultural entre ambos países (Ahmed 42-55). Posteriormente, en la década de los sesenta, la aproximación entre los dos países se consolidó aún más con la ya mencionada participación de España en los esfuerzos de la UNESCO para salvar el templo de Abu Simbel. Este hito no solo generó un interés global por la cultura egipcia, sino que, en el caso de España, propició la fundación de la Asociación Española de Egiptología en los años ochenta. Esta, según Martínez García, se considera, junto con la Societat Catalana d'Egiptologia, una de las instituciones más consagradas a nivel nacional, a pesar de ser una institución privada (80).

Precisamente a partir de la década de los ochenta, el mundo árabe y el Magreb se convirtieron en ejes prioritarios de la política exterior española, a través de los cuales Madrid procuró consolidar su esfera de influencia en el ámbito global. La normalización de las relaciones diplomáticas con Israel en 1986, lejos de menoscabar los lazos con las naciones árabes, potenció el papel mediador de España en el conflicto palestino-israelí. Esta posición estratégica se evidenció cuando, tras la Guerra del Golfo en 1991, ambas facciones beligerantes reconocieron a la capital española como sede de la Conferencia

Internacional de Paz, auspiciada por Estados Unidos. Ese encuentro sentó las bases para los Acuerdos de Oslo (Hernando de Larramendi, “Las relaciones exteriores de España” 45).

En este contexto histórico y cultural, se desarrolló la egiptomanía de Terenci Moix, quien, según Ahmed Ibrahim Ahmed, emergió como una figura transgresora en la cultura catalana y española de la segunda mitad del siglo XX y cuya incursión en la literatura constituyó tanto un fenómeno de masas como un evento polémico. Moix personificó el espíritu de ruptura predominante en la Cataluña de la época. Formó parte de una generación de escritores con una conciencia sociopolítica orientada a la quiebra total con los cánones literarios del franquismo. Su aspiración era instaurar un nuevo modelo cultural para forjar una identidad nacional basada en la cultura, la democracia y la libertad de expresión. Poseía una formación cultural heterogénea, nutrida por la industria cultural de masas como los cómics, el cine y la televisión, por lo que integró estos referentes en sus obras, donde la ficción operaba como un mecanismo para explorar la memoria histórica y reflejar el sentimiento de la vida catalana de la posguerra. Moix alcanzó un estatus de autor superventas con una rapidez inusual, logrando una dualidad única al conciliar el éxito comercial con el reconocimiento de la crítica (48-65). Además, como señala Abdel Azim, Moix —dotado de un profundo interés por la historia y la egiptología— logró posicionarse como una figura casi institucional en la representación de la cultura nilótica en España y consolidándose como un agente clave en la propagación de una imagen de Egipto como espacio exotizado, enigmático y fascinante en el seno de la sociedad española contemporánea. Su producción intelectual y artística sobre Egipto se extiende a la elaboración de un relato de viaje, *Terenci del Nil: viatge sentimental a Egipte* (1970), un corpus literario compuesto por cinco novelas vertientes sobre Egipto, y la dirección y presentación de la serie documental *Los grandes hombres de la egiptología* (1999) (Abdel Azim 56, 84).

Es precisamente a través de la recreación hiperbólica de imágenes mitificadas y exotizadas de Egipto —con especial énfasis en el Egipto faraónico— que Moix construyó un simulacro cultural que condicionó el imaginario colectivo de sus lectores españoles desde la segunda mitad del siglo XX, perpetuando una visión estereotipada de la civilización nilótica. Esta operación discursiva alcanza su máxima expresión en *Terenci del Nil: viatge sentimental a Egipte* (1970), obra cuyo carácter híbrido —a caballo entre relato de viaje y ficción autobiográfica— la convierte en un objeto de estudio idóneo para un análisis comparativo con *A través del Egipto* de Eduard Toda, permitiendo trazar una genealogía de la egiptomanía española que, a su vez, puede resultar en algunas observaciones clave. Por un lado, mientras que la egiptomanía de Toda reflejaba un poder blando al servicio de la agenda geopolítica oficial española, la de Moix, vehiculada a través de la industria editorial de *best sellers* en España,

resonaba con la diplomacia cultural estratégica que adoptó el país en el siglo XX hacia el mundo árabe. Por otro, a pesar de la divergencia en el contexto histórico-político en el que se gestaron ambas egiptomanías, se observa una convergencia en aspectos como la discontinuidad de la historia de Egipto, la exaltación del legado faraónico y grecorromano, la islamofobia hacia el patrimonio árabe-islámico egipcio y el rechazo del Egipto contemporáneo. Esta convergencia salta a la vista al comparar las fotografías de Toda (Fig.1) en el museo de Bulaq con la de Moix (Fig.2) al promocionar su novela *El arpista ciego* (2002). Mientras que la primera, como se ha indicado anteriormente en este estudio, manifestaba a finales del siglo XIX la apropiación cultural mediante la momiamanía, la segunda, de Moix, la sigue manifestando a principios del siglo XXI mediante la tutmanía (fascinación por Tutankamón). Las dos, sin embargo, coinciden en tratar de controlar la narrativa sobre el AE y silenciar al Otro.

La obra *Terenci del Nil: viatge sentimental a Egipte* fue publicada inicialmente en catalán en 1970, tras las dos primeras visitas realizadas por Moix a Egipto en 1968 y 1969. Posteriormente, en 1983, el volumen fue revisado y reeditado en castellano bajo el título de *Viaje sentimental a Egipto: Terenci del Nilo*, con el propósito de incorporar la evolución de las percepciones del autor derivadas de los veintidós viajes subsecuentes que Moix emprendería al territorio nilótico (Abdel Azim 116-17).

A diferencia de la experiencia de Toda, el acceso de Moix al territorio egipcio se efectuó a través del aeropuerto de El Cairo, en lugar del puerto alejandrino. El relato de su recorrido por el país, articulado primero en catalán y posteriormente en castellano, constituye un testimonio de su experiencia como viajero que orienta a sus lectores españoles —potenciales turistas— respecto a la historia pretérita y contemporánea de la nación. Su posicionamiento intelectual queda claramente establecido desde las páginas iniciales: su vocación consistía en escribir acerca del Egipto faraónico, temática sobre la cual había consultado obras de viajeros europeos decimonónicos y que había contemplado representada en célebres producciones cinematográficas hollywoodenses. Dicha inclinación intelectual sería legítima si no derivara en la construcción de un relato excluyente, que fractura la historia egipcia y opera bajo el pretexto de una discontinuidad entre el Egipto faraónico y sus épocas posteriores. No obstante, esta fractura discursiva es precisamente el rasgo predominante en su relato. Es este un rasgo que perdura incluso en la versión revisada de 1983, *Viaje sentimental a Egipto: Terenci del Nilo*, obra que compila la experiencia de sus numerosos viajes. Allí, Moix confiesa de manera explícita:

ese nuevo Egipto, el del Islam, estaba ubicado en otras mitologías, otros folklores, otras narrativas. Tan profundo arraigó en mí el legado de faraón que siempre rechacé,

casi por instinto, a los invasores que llegaron a imponerse, a esas criaturas de otros desiertos cuyo impacto solía imaginar yo en las rutas de Samarkanda, en los campos del Magreb o Al Ándalus, pero nunca entre los prestigiosos restos de una civilización que excedió, en milenios, a su indiscutible apego actual. (27)

Esta confesión de rechazo instintivo hacia el Islam como "invasor" y "criatura de otros desiertos" es la manifestación más clara de la amnesia histórica que caracteriza la egiptomanía española. Si Toda proyectó sobre Egipto el esquema de castas colonial para sugerir falsamente una discontinuidad racial entre el Egipto faraónico y el islámico, Moix opera de manera igual de selectiva: omite las invasiones persa, griega y romana que sufrió Egipto antes del Islam, y reserva la narrativa de la "invasión" solo para la llegada del Islam, construyendo así una discontinuidad histórica que niega la continuidad identitaria egipcia. Se puede inferir, entonces, que el eurocentrismo es lo que les impide reconocer la propia historia de España como potencia invasora en América mientras que les permite fragmentar la historia de Egipto.

Esta voluntad de fractura se traduce en una estructura narrativa binaria y excluyente. Así, en su obra *Viaje sentimental a Egipto: Terenci del Nilo*, Moix establece una dicotomía jerárquica entre el Egipto faraónico-greorromano y el Egipto islámico, privilegiando el primero: "los tres milenios que transcurren desde los primeros faraones hasta la caída de los Ptolomeos constituirían un bloque mucho más sólido y fascinante que el período posterior" (31-32), calificándolo de "eterno" (76). La noción de eternidad atribuida al Egipto clásico —tanto faraónico como helenístico— puede contextualizarse dentro del imaginario occidental moderno que, como señala Juan Carlos Moreno García, se consolidó a finales del siglo XIX, cuando las élites europeas construyeron narrativas que convertían a Egipto en "repositories of arcane wisdom, spiritual values, social order, and undemocratic but paternal leadership" ("The Cursed Discipline?" 52). Resulta significativo que esta visión encuentre un paralelismo en la construcción franquista de la España eterna, la cual, en su vertiente interna, exaltaba una identidad católica e inmutable, mientras que, en su política exterior, instrumentalizaba Al-Ándalus como un legado estático —exótico pero muerto—, promoviendo al mismo tiempo una retórica de la hermandad hispano-árabe que ocultaba un racismo estructural. Aunque Moix se declarara antifranquista, su aproximación a Egipto sugiere una pervivencia de este marco epistemológico que lo lleva a reproducir el gesto colonial de fragmentar la historia de un territorio para apropiarse selectivamente de sus fragmentos, negando agencia histórica a las épocas que no se ajustan a su idealización. El resultado epistemológico de esta operación de selección y exclusión es la producción

de un conocimiento parcial y anacrónico, y de un relato que se niega siquiera a considerar cualquier dialéctica de hibridación, de síntesis o de reformulación cultural por parte de Egipto.

En efecto, la predilección de Moix por el período clásico de la historia de Egipto se enfatiza en sus novelas sobre la temática egipcia y que abordan exclusivamente tres períodos históricos: el faraónico, el grecorromano y el decimonónico. Sus obras dedicadas al Egipto faraónico, *El amargo don de la belleza* (1995) y *El arpista ciego* (2002), están interrelacionadas dado que la primera se centra en la corte del faraón Akenatón, mientras que la segunda examina el reinado de su sucesor, Tutankamón. Ambas obras enfatizan las tensiones y luchas hegemónicas entre el clero de Amón y la figura de Akenatón, ilustrando así la dialéctica entre poder religioso y autoridad política en los mecanismos de control social. Según Abdel Azim, esta configuración narrativa refleja un paralelismo deliberado con la España franquista, contexto en el cual la Iglesia católica era un pilar fundamental del régimen, institución frecuentemente cuestionada en la obra moixiana (269-84). La capacidad de Moix por establecer analogías histórico-sociales entre contextos orientales y occidentales muestra un esfuerzo por deconstruir algunos estereotipos orientalistas heredados. No obstante, si bien Moix subvierte ciertos prejuicios, simultáneamente reproduce otros. La primera novela, *El amargo don de la belleza*, se articula desde la perspectiva de Keftén, un protagonista griego que, al volver a Egipto tras su infancia, se encuentra con una situación caótica derivada de la revolución religiosa y el traslado de la corte, circunstancias que lo conducen finalmente al exilio. María de la Luz García Fleitas observa que la elección misma de un protagonista griego que huye de Egipto refuerza la hipótesis de que la reconstrucción histórica novelesca no perseguía la idealización del Egipto faraónico, sino la desmitificación de su imagen tradicional, heredada de fuentes clásicas como Homero. Esta desmitificación se vehicula a través del personaje de Keftén, cuya fascinación inicial por Egipto experimenta una transformación hacia el rechazo (29-30). Una paradoja análoga se reproduce en la segunda novela, *El arpista ciego*, ambientada en el Egipto de Tutankamón y que explora el conflicto religioso surgido con la restauración del culto a Amón. Resulta significativo que la elección temática de Tutankamón respondiera a un encargo específico de la editorial Planeta (Abdel Azim 271). Esta circunstancia revela una contradicción fundamental: aunque Moix denunciaba teóricamente el turismo de masas y la propensión tanto de turistas occidentales como de los propios egipcios hacia la mercantilización de los artefactos faraónicos, en la práctica, el autor concebía sus novelas egipcias para satisfacer las demandas del mercado editorial español, reproduciendo así las mismas lógicas comerciales que criticaba mientras construía un simulacro respecto al antiguo Egipto.

La ambivalencia de Moix hacia el período clásico del país nilótico queda aún más pronunciado en sus dos novelas referentes al Egipto grecorromano, *No digas que fue un sueño* (1986) y *El sueño de Alejandría* (1988), que narran las historias de Cleopatra y su hija, Cleopatra Selene II, reina de Mauritania. En estas obras, se representa a Cleopatra de una manera tan gloriosa que ni siquiera su propia hija, Cleopatra Selene, puede emular (Abdel Azim 139-200). A primera vista, esta representación de Cleopatra podría considerarse una subversión de la imagen denigrante que Occidente —heredando el relato romano— había construido sobre la última soberana de un Egipto sometido sucesivamente a griegos y romanos. Lejos de restaurar la imagen de una reina egipcia, sin embargo, Moix estaba enfatizando la identidad ptolemaica de la reina, descendiente de Alejandro Magno (Domingo Monedero 185). En otras palabras, se trata de una subversión truncada, ya que, por un lado, critica el relato romano (por extensión, eurocéntrico) respecto a Cleopatra, pero sin llegar a reivindicar a esta como egipcia. Esto podría atribuirse a la fascinación de Moix por lo helenístico que, situando el centro de gravedad del Egipto clásico en la herencia de Alejandro Magno, encontró su expresión simbólica más poderosa y personal en su vinculación con Alejandría. Según Abdel Azim, este vínculo fue tan profundo que Moix solicitó que, tras su fallecimiento, se esparciera "parte de sus cenizas en el muelle de Alejandría" (10). Esta fascinación por lo helenístico —y su correlato de rechazo al legado árabe-islámico— puede atribuirse también a la influencia del legado franquista, dado que España había glorificado lo greco-romano mientras marginaba lo árabe. Moix, aunque antifranquista, heredó algunos de sus marcos culturales. Para él, en definitiva, Egipto es relevante solo cuando es faraónico o, mejor aún, greco-romano, pero no cuando es árabe-islámico.

Su quinta novela sobre Egipto, *La herida de la esfinge* (1991), aborda el expolio arqueológico del siglo XIX. Moix crea una tensión aparentemente crítica entre un británico —que encarna el poder colonial— y un egipcio copto. El conflicto se resuelve únicamente cuando se descubre que ambos comparten un ancestro británico común (Abdel Azim 233-39). Al proponer la consanguinidad europea como solución ideal, Moix traslada la legitimidad de la pertenencia de lo cultural-territorial (egipcio) a lo sanguíneo-racial (británico). De este modo, no solo elude una crítica real a la soberanía cultural egipcia, sino que fractura la historia ajena para injertar en su núcleo una narrativa de pertenencia propia, reproduciendo así, en la ficción del siglo XX, la misma doble moral que Toda practicó en la realidad del siglo XIX cuando abordó el expolio desde el museo de Bulaq.

Así, quedan firmemente establecidas las afinidades entre Moix y Toda —la exaltación de lo faraónico-grecorromano y el rechazo al Egipto islámico y contemporáneo—. Sin embargo, hasta ahora el presente análisis no explicita la conexión directa, en el caso de Moix, entre su postura, delineada

mediante su escritura, y la política exterior española de la segunda mitad del siglo XX. Para demostrar este vínculo, es imprescindible regresar a su relato de viaje fundacional: *Terenci del Nil: viatge sentimental a Egipte* (1970), escrito tras sus dos primeras visitas en 1968 y 1969. Es crucial contextualizar estos viajes. Moix decidió visitar Egipto como turista en un momento en que el turismo parecía impensable, ya que el país se encontraba en un estado de guerra con Israel, el punto culminante de una década ya traumática: la triple agresión de 1956 contra Egipto por parte de Inglaterra, Francia e Israel (tras la nacionalización del Canal de Suez por Gamal Abdel Nasser) y la severa derrota egipcia en la Guerra de los Seis Días de 1967, apenas un año antes de la llegada de Moix.

En *Terenci del Nil: viatge sentimental a Egipte* (1970), Moix revela que la editorial catalana le había sugerido escribir el libro sobre el conflicto árabe-israelí, debido a la actualidad del tema y con el fin de expresar una postura catalana proisraelí, una sugerencia que el autor afirma haber rechazado, alegando que solo le interesaba el Egipto faraónico de su infancia (16-17). No obstante, Moix acabó dedicando varios pasajes del libro a acusar explícitamente a Egipto (y los demás estados árabes) de exagerar en su tratamiento del conflicto con Israel. Esto lo escribe en 1970, cuando Israel ocupaba la península del Sinaí, es decir, todo el flanco oriental egipcio. Moix llega incluso a tildar el nacionalismo anticolonial de Nasser de fanatismo religioso. Al combinar esta crítica con su postura previamente establecida sobre la discontinuidad histórica e identitaria del país, Moix llega a una conclusión devastadora, afirmando que el Egipto contemporáneo es una “tierra de nadie”: “Egipte es va fossilitzar al mig de la seva pròpia grandeur, com un bocí d’Història molt remota, que ja no pertany a ningú, que ja no és ni tan sols dels seus fills actuals” (31). Es una afirmación que establece un inquietante paralelismo ideológico con las declaraciones de Golda Meir en 1969, cuando la primera ministra israelí negó la existencia del pueblo palestino (Khalidi 12), un argumento que, como señala Pappé, remite al lema sionista de “una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra” (12-29). Así, pese a declararse libre de presiones editoriales, Moix termina por reproducir la esencia misma del discurso proisraelí que decía rechazar, alineando su egiptomanía sentimental con una visión geopolítica que negaba la soberanía y la identidad del Egipto moderno.

Encrucijada

El presente ensayo ha examinado críticamente la representación de Egipto en España mediante el análisis de obras representativas de Eduard Toda (siglo XIX) y Terenci Moix (siglo XX). A pesar de sus distintos contextos políticos, el análisis revela la persistencia de un mismo patrón eurocéntrico. Ambos autores convergen en priorizar el legado faraónico y grecorromano en detrimento de otras

capas históricas, notablemente la herencia islámica. El ensayo también ha demostrado que la mirada condescendiente de Toda y Moix hacia el legado islámico de Egipto, y su adhesión al pretexto de la discontinuidad histórica, adquiere una dimensión de particular ironía histórica cuando se contrasta con la doble amnesia que la sustenta. La primera es la amnesia respecto a la acción colonial de España en América, caracterizada, según León-Portilla, por una destrucción sistemática y programática de las culturas indígenas (124). La misma nación que protagonizó uno de los episodios más radicales de erradicación cultural se presenta, a través de sus egiptómanos, como la que custodia benévolamente una civilización ajena. La segunda es la amnesia respecto a la historia de Al-Ándalus. Al sostener que la grandeza de Egipto fue interrumpida o degradada por la llegada de los árabes musulmanes, operan bajo un olvido profundo respecto al propio contexto histórico ibérico, donde la civilización islámica demostró una prodigiosa productividad científica, filosófica y artística. No se trata de negar que la conquista musulmana de Egipto supusiera una transformación profunda, sino de señalar que Toda y Moix movilizan esa transformación para negar a los egipcios actuales cualquier vínculo con su pasado faraónico mientras que Europa se arroga ese mismo legado. Es precisamente esta asimetría —el núcleo de la colonialidad del saber— la que socava la eficacia del poder blando español, actuando como un poder blando negativo que genera desconfianza.

Si bien el análisis llevado a cabo en el presente estudio ha evidenciado la persistencia de un patrón eurocéntrico en la representación de Egipto en España, no se debe obviar la razón de su perpetuación, lo que implica considerar la egiptomanía española a la luz del desarrollo mismo de la egiptología en España, que empezó a consolidarse a mediados del siglo XX con el inicio de la arqueología de campo, hito clave en su desarrollo institucional (Fernández Rodríguez et al.; Martínez García). Con el tiempo, este desarrollo ha generado una incipiente autocrítica que se hace visible en la reevaluación de figuras fundacionales como el mismo Eduard Toda (Molinero Polo y Rodríguez Valls 1411-22) y la defensa de una perspectiva más global (García Moreno, "The Cursed Discipline??" 50-63), en línea con diagnósticos como el de David Jefferys sobre el aislamiento metodológico de la disciplina en general (5-7). Sin embargo, esta autocrítica no ha logrado trascender por completo los enfoques eurocéntricos heredados. En el ámbito académico-especializado, obras recientes, como la coordinada por Largacha y Vivas Sainz, ejemplifican un enfoque riguroso y crítico sobre los mecanismos históricos de apropiación y distorsión del patrimonio egipcio; sin embargo, manifiestan cierta cautela al eludir una postura explícita sobre los debates éticos y legales contemporáneos en torno a la restitución de bienes culturales, manteniéndose así al margen de las discusiones más urgentes sobre descolonización patrimonial. En el ámbito institucional-divulgativo, el discurso eurocéntrico persiste

de manera más lesiva con declaraciones como la de Rosa Pujol, directora de la Asociación Española de Egiptología, quien, afirmando que los egipcios “no valoran ni comprenden lo que tienen” (Coto), ignora la evidencia histórica de que la custodia occidental, tampoco ha garantizado la preservación integral del patrimonio (Stevenson 182–83, 190–95). Este discurso opera como una justificación a posteriori del expolio colonial y perpetúa un orientalismo que menosprecia la soberanía cultural egipcia. Finalmente, en el ámbito de la recepción cultural popular, la narrativa eurocéntrica se reproduce a través de productos de gran popularidad. Las novelas históricas de autores como Antonio Cabanas, al igual que las de Terenci Moix, priorizan un AE mitificado que refuerza estereotipos y oscurece una comprensión histórica compleja (Ahmed Ibrahim Ahmed 9, 42–44). La egiptología española se encuentra, por tanto, en una encrucijada crítica. Si bien su vertiente académica ha iniciado un camino de autocritica, la persistencia de discursos custodiales y narrativas estereotipadas pone de manifiesto una profunda desconexión entre la reflexión teórica y las prácticas culturales dominantes.

Esta desconexión teórico-práctica tiene una consecuencia directa en el poder blando que debe sustentar el nuevo partenariado estratégico entre España y Egipto. Si este instrumento de política exterior sigue alimentándose de una perspectiva de apropiación selectiva y descontextualizada de la cultura egipcia, no promoverá un diálogo simétrico, sino que consolidará una diplomacia cultural monológica y asimétrica. Esta tensión se hizo patente, por ejemplo, en el discurso del rey Felipe VI en 2025. Al celebrar el poder blando de la arqueología española y enfatizar el legado faraónico, el discurso oficial español puede inadvertidamente obviar la compleja trayectoria del hispanismo en Egipto y pasar por alto la visión integral del país —a la vez faraónico e islámico— que han subrayado académicos como Martos Quesada (49–56). Precisamente, el hispanismo egipcio posee un potencial único para mediar entre los intelectuales españoles y la realidad cultural contemporánea de Egipto. Por un lado, su bilingüismo (árabe/español) resulta crucial para integrar perspectivas y fuentes a menudo ignoradas por los especialistas occidentales, lo que se alinearía con la observación de Rashwan sobre la importancia de aprovechar el legado lingüístico y cultural árabe en el estudio del AE, dado el parentesco de las lenguas afroasiáticas y semíticas (685–92). Por otro, una lectura crítica de la egiptomanía española por parte del hispanismo egipcio es indispensable para alcanzar lo que Borges Carrijo denomina una diplomacia cultural dialógica (25–40).

La encrucijada de la egiptología española exige, por tanto, una ruptura consciente con el imaginario colonial de su egiptomanía —encarnado en Toda y Moix—, cuya mirada, marcada por la ceguera selectiva y el pretexto de la discontinuidad, ha proyectado un poder blando negativo.

Bibliografia

- Abdel Azim, Islam A. *La imagen de Egipto en la novela histórica de Terenci Moix*. 2007. Universitat Autònoma de Barcelona, tesis doctoral. Dipòsit digital de documents de la UAB, https://ddd.uab.cat/pub/trerecpro/2007/hdl_2072_4362/Treball_de_recerca.pdf.
- Abdel Salam Zahana, Abeer. "El hispanismo en Egipto." *Observatorio Permanente del Hispanismo*, 2021, pp. 1-28.
- Ahmed Ibrahim Ahmed, Dahi. *El best seller sobre el Antiguo Egipto: Terenci Moix y Antonio Cabanas*. 2024. Universitat de València, tesis doctoral. RODERIC, <https://roderic.uv.es/items/cc9a3e63-239d-4438-9b45-81d9ef52569a>.
- Ahmed, Hussam R. *The Last Nabdawi: Taba Hussein and Institution Building in Egypt*. Stanford UP, 2021.
- Bensch, Stephen P. *Barcelona and Its Rulers, 1096–1291*. Cambridge University Press, 1995.
- Borges Carrijo, Fabricio. *A Theoretical and Methodological Proposal in Cultural Diplomacy Analysis: The Case of the Brazilian Cultural Centre in Barcelona (2003-2013)*. 2016. Universitat Autònoma de Barcelona, tesis doctoral. Dialnet, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=117575>.
- Colla, Elliott. *Conflicted Antiquities: Egyptology, Egyptomania, Egyptian Modernity*. Duke UP, 2007.
- Coto, Raquel. "Egipto. Bajo las momias, los tanques." *Orient XXI*, <https://orientxxi.info/magazine/egipto-bajo-las-momias-los-tanques,4858>.
- Cummings, Milton. *Cultural Diplomacy and the United States Government: A Survey*. Center for Arts and Culture, 2009. Americans for the Arts, <https://www.americansforthearts.org/by-program/reports-and-data/legislation-policy/naappd/cultural-diplomacy-and-the-united-states-government-a-survey>.
- Domingo Monedero, Adolfo Jerónimo. "El viaje a Egipto, entre el discurso orientalista y el conocimiento científico." *Estudios Interdisciplinarios sobre Oriente Medio y Antiguo Egipto*, serie II, vol. 1, 2001, pp. 183-96.
- El Daly, Okasha. *Egyptology: The Missing Millennium. Ancient Egypt in Medieval Arabic Writings*. UCL Press, 2005.
- Felipe VI. "Palabras de Su Majestad el Rey en el almuerzo ofrecido en honor de Su Excelencia el Presidente de la República Árabe de Egipto, Sr. Abdel Azim Al Sisi." Casa Real, 19 de feb. de 2025, https://www.casareal.es/EN/actividades/Paginas/actividades_discursos_detalle.aspx?data=6690.
- Fernández Rodríguez, Carlos Javier, et al., coordinadores. *Investigación arqueológica española en Egipto*. Junta de Andalucía, Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico, 2021.
- García de la Fleitas, María de la Luz. "Tópicos sobre Egipto en El Amargo Don de la Belleza de Terenci Moix: Ecos de una imagen forjada." *Fortunatae*, vol. 17, 2006, pp. 9-31.
- Ginés Blasi, Mònica. "Eduard Toda i Güell: from vice-consul of Spain in China to the Renaixença in Barcelona (1871-84)." *Entremons: UPF Journal of World History*, núm. 5, 2013, pp. 1-18. RACO, <https://raco.cat/index.php/Entremons/article/view/266753/354375>.
- Hanna, Monica. *The Future of Egyptology*. Diwan, 2025.
- _____. "Women Are from Africa and Men Are from Europe." *The Routledge Companion to Black Women's Cultural Histories*, editado por Janell Hobson, Routledge, 2021, pp. 13-22.
- Hernando de Larramendi, Miguel. "El Instituto Hispano-Árabe de Cultura y la diplomacia cultural hacia el mundo árabe (1954-1974)." *El Instituto Hispano-Árabe de Cultura. Orígenes y evolución de la diplomacia pública española hacia el mundo árabe*, editado por Miguel Hernando de Larramendi et al., AECID, 2015, pp. 17-46.
- _____. "Las relaciones exteriores de España con el mundo árabe y musulmán durante el siglo XX." *Awraq*, núm. 9, 2014, pp. 39-54.

- Jeffery, David. "Introduction. Two Hundred Years of Ancient Egypt: Modern History and Ancient Archeology." *Views of Ancient Egypt since Napoleon Bonaparte: Imperialism, Colonialism, and Modern Appropriations*, editado por David Jeffery, Institute of Archaeology, 2003, pp. 1-18.
- Khalidi, Rashid. "Introduction: Historical Landmarks in the Hundred Years' War on Palestine." *Journal of Palestine Studies*, vol. 47, núm. 1, otoño 2017, pp. 6-17, https://www.palestine-studies.org/sites/default/files/attachments/jps-articles/JPS185_02_Khalidi.pdf.
- Kühne, Ina. "‘¡Pàtria, ja tornas á tenir historia!’ La influencia de la Guerra de África sobre el desarrollo de la identidad catalana." *El otro colonialismo: España y África, entre imaginación e historia*, editado por Christian von Tschilschke y Jan-Henrik Witthaus, Iberoamericana-Vervuert, 2017, pp. 77-103.
- Lander, Edgardo, compilador. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO, 2000.
- León-Portilla, Miguel, editor. *Visión de los vencidos: Relaciones indígenas de la conquista*. 20.^a ed., UNAM, 2007.
- Martínez García, José Javier. "La situación actual de los estudios de egiptología en España." *Panta Rei: Revista de ciencia y didáctica de la historia*, núm. 3, 2008, pp. 73-88.
- Martínez Montes, Luis Francisco. *Diplomáticos, arqueología y aventureros*. Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación, 2020.
- Martos Quesada, Juan. "La influencia de Egipto en España." *Egipto y la península ibérica, siglos de relación*, editado por Francisco Franco-Sánchez y Hany El Erian El Basal, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid / Editorial Marfil, 2012, pp. 49-60.
- Molinero Polo, Miguel Ángel. "Eduardo Toda (1884-1886)." *Aula Orientalis*, vol. 35, núm. 2, 2017, pp. 291-320.
- _____. "El Egipto de Eduardo Toda en la prensa." *Nova Studia Aegyptiaca*, vol. 9, 2015, pp. 399-410.
- Molinero Polo, Miguel Ángel, y Andrea Rodríguez Valls. "El viaje de inspección anual al Alto Egipto de 1886 y el fondo fotográfico Toda de la Biblioteca Museu Víctor Balaguer." *Actas del V Congreso Internacional de Historia de la Arqueología / IV Jornadas de Historiografía SEHA-MAN*, editado por Andrés Carretero Pérez et al., Museo Arqueológico Nacional, 2017, pp. 1411-22.
- Moix, Terenci. *El amargo don de la belleza*. Planeta, 2004.
- _____. *El arpista ciego*. Planeta, 2003.
- _____. *El sueño de Alejandría*. Planeta, 2003.
- _____. *La herida de la Esfinge*. Planeta, 1991.
- _____. *Los grandes hombres de la Egiptología*. Dirigida por Terenci Moix, actuación de Terenci Moix, Tesauero, Cinetevé, TVE, 1999.
- _____. *No digas que fue un sueño*. Planeta, 2003.
- _____. *Terenci del Nil: viatge sentimental a Egipte*. Edicions 62, 1970.
- _____. *Terenci del Nilo, viatge sentimental a Egipte*. Plaza & Janés, 1993.
- Moreno García, Juan Carlos. "Introducción. Nuevas tendencias en Egiptología." *Claruscurso. Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural*, vol. 19, núm. 2, 2020, pp. 1-8.
- _____. "The Cursed Discipline? The Peculiarities of Egyptology at the Turn of the Twenty-First Century." *Histories of Egyptology: Interdisciplinary Measures*, editado por W. M. Carruthers, Routledge, 2015, pp. 50-63.
- Moser, Stephanie. "Legacies of Engagement: The Multiple Manifestations of Ancient Egypt in Public Discourse." *Histories of Egyptology: Interdisciplinary Measures*, editado por W. Carruthers, Routledge, 2015, pp. 242-52.
- Nye, Joseph S., Jr. "Soft Power and Public Diplomacy Revisited." *The Hague Journal of Diplomacy*, vol. 14, núm. 1-2, 2019, pp. 7-20, <https://doi.org/10.1163/1871191X-14101013>.

- Ochoa Brun, Miguel Ángel. *Historia de la diplomacia española. La edad contemporánea. El siglo XIX, II*. Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, 2017.
- Pappe, Ilan. *Ten Myths about Israel*. Verso, 2017.
- Reid, Donald M. *Whose Pharaohs? Archeology, Museums, and Egyptian National Identity from Napoleon to World War I*. U of California P, 2002.
- Ruiz Sierra, J. "El español en Egipto. El español en el mundo." *Anuario del Instituto Cervantes*, 2021, pp. 539-50, https://cvc.cervantes.es/lengua/anuario/anuario_21/el_espanol_en_el_mundo_anuario_instituto_cervantes_2021.pdf.
- Saguar, Carlos. "La corte del faraón: egiptomanía en la arquitectura española." *El orientalismo desde el sur*, editado por José Antonio González Alcantud, Anthropos, 2018, pp. 288-322.
- Said, Edward W. *Orientalism*. Vintage Books, 1979.
- Salem, Leila, y Rodrigo Cabrera. "¿Ciencias malditas? Asiriología y Egiptología: metáforas coloniales, objetos y museos desde Sudamérica." *Anais do Museu Paulista*, vol. 29, 2021, pp. 1-38.
- Stevenson, Alice. *Scattered Finds: Archaeology, Egyptology and Museums*. UCL Press, 2019.
- Toda i Güell, Eduard. *A través del Egipto*. El Progreso Editorial, 1889.
- _____. *Derecho consular de España*. El Progreso Editorial, 1889.
- Vela Rodrigo, Alberto Ángel. "Una síntesis crítica de la aportación española a la egiptomanía." *Revista de Humanidades*, núm. 46, 2022, pp. 35-56.
- Wasel, El Sayed Mohamed, traductor. *'br wādī al-nīl*. Traducción de *A través del Egipto* de Eduardo Toda. Consejo Superior de Traducción, 2010.
- Zanella, Cristine Koehler, et al. "Cultural Diplomacy and Soft Power: critical analysis and methodological application." *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol. 67, núm. 1, ago. 2024, <https://www.scielo.br/j/rbpi/a/rK8SGB5sT9wRGnXPc9Bc57f/?lang=en>.